

patrono mucho más allá de sus políticas religiosas variopintas y utilitaristas. Collins conoce de la interpretación de Strauss, a la que califica de sospechosa y hostil (pp. 2 y 8), pero se la despacha con tanta ligereza y de modo tan poco convincente (pp. 10-13, 117-118, 374) que las sospechas y la hostilidad se vuelven en su contra.

Juan Fernando SEGOVIA

Stewart Duncan, *Materialism from Hobbes to Locke*, New York, Oxford University Press, 2021, 240 pp.

El autor de este libro sobre *El materialismo de Hobbes a Locke*, S. Duncan, es profesor asociado en el Departamento de Filosofía del Colegio de Artes y Ciencias Liberales de la Universidad de Florida. Había colaborado en algunas obras colectivas y este es su primer libro como autor. Su interés está en el epicureísmo y el materialismo en la filosofía moderna, radicando sus esfuerzos en Hobbes. Precisamente el punto de partida de esta obra es Hobbes, aunque bien se podría decir que es Descartes; o mejor: «Hobbes contra Descartes», como se titula el capítulo 1.

El libro versa sobre cómo una serie de filósofos del siglo XVII trataron de responder a la pregunta sobre la naturaleza de la mente/espíritu humano. Comienza reflejando los puntos de vista de Thomas Hobbes (capítulo 2), el que desarrolló un relato totalmente materialista del espíritu humano, y más tarde también de Dios. Para Duncan este desarrollo está en evidente contraste con el enfoque del contemporáneo René Descartes, aunque bien podría decirse que está dentro de la alternativa cartesiana, como se ha planteado por los conocedores de la filosofía del francés.

Después de examinar el materialismo de Hobbes, Stewart Duncan considera los puntos de vista de tres de sus críticos ingleses: Henry More, Ralph Cudworth (capítulo 3) y Margaret Cavendish (capítulo 4). More y Cudworth, neoplatónicos ambos, entendieron que el materialismo hobbesiano era completamente inadecuado para explicar el funcionamiento del mundo, inclinándose por una opuesta interpretación que es la más apropiada para entender a Descartes. Cavendish, de su parte, desarrolló un materialismo propio, distintivo y de talante anti-hobbesiano, que bien podría decirse monista, embargado de un panfísicismo. La segunda mitad del libro (capítulos 5 a 8) se centra en la discusión del materialismo de John Locke, partiendo del *Ensayo acerca del*

*entendimiento humano* y tomando como base sus elucubraciones sobre cómo el hombre conoce.

El argumento central de nuestro autor es que podemos entender mejor la discusión de Locke si nos apercebimos de que está interviniendo en el debate anterior entre platónicos y materialistas. En puntos cruciales, Locke recurre a More y Cudworth para argumentar en contra de Hobbes y otros materialistas. Sin embargo, a pesar de que por ello Locke pareciera antimaterialista por anti-hobbesiano, él mismo hizo mucho para presentar al materialismo como una visión filosófica genuinamente posible (pp. 162-173), en particular porque despliega un relato detallado del espíritu humano sin entender que se trata de una substancia inmaterial. El intercambio con el anglicano Edward Stillingfleet en torno a si la materia es capaz de pensar es muy revelador, pues Locke no rechaza la hipótesis, más bien la aprueba.

No sabemos cómo ha sido recibido por la «escuela» este libro de Duncan. De nuestra parte debemos decir que es una valiente contribución al estudio de las principales corrientes de la filosofía moderna. Porque si bien está anclado en un siglo, el XVII, y en un ambiente nacional, el inglés, el debate posee carácter central en la Modernidad. En tal sentido, lo correcto es arrancar de las encontradas interpretaciones del legado cartesiano, porque Descartes dejó una herencia ambigua que podía ser leída de modo espiritualista/idealista pero también materialista. El mejor ejemplo de esta deriva hacia el materialismo se puede encontrar en el cartesiano Spinoza –hizo bien Duncan al incluirlo en su historia– y también en el cartesiano Hobbes, como ha hecho el autor.

Ahora, viniendo al corazón del libro de Stewart Duncan, hay que reconocer que el materialismo de John Locke, más allá de que sea sólo como una posibilidad, queda probado cumplidamente. En primer lugar, porque Locke acepta el dualismo cartesiano de mente y materia (véase el capítulo 8). Después porque, habiendo negado el innatismo de las ideas, elabora una teoría empirista y sensualista de las ideas y de las substancias que remata en un mecanicismo de mente y naturaleza. También, porque la idea que tenemos de Dios es, según Locke, una construcción de la mente –una «idea», precisamente– a partir de la experiencia sensible (capítulo 6). Y, en esta vena materialista, se inscriben las teorías de los seguidores de Locke, como John Toland y Anthony Collins (léase el Epílogo), que cierran el estudio de Duncan.

Juan Fernando SEGOVIA